

Más tiempo para leer  
Te regalamos una selección de  
nuestras mejores lecturas, porque  
#yomequedoencasaleyendo

A\*

**Maggie O'Farrell**

Cerebelo (1980)

*Un relato de Sigo aquí*

Diecisiete roces con la muerte

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

EDICIÓN NO VENAL. MARZO 2020

Primera edición, 2019

Tercera edición, 2019

Título original: *I Am, I Am, I Am*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 Maggie O'Farrell

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Valeriya Korenkova

Fotografía de la autora: © Murdo MacLeod, 2017

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-71-3

Depósito legal: B. 1.947-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

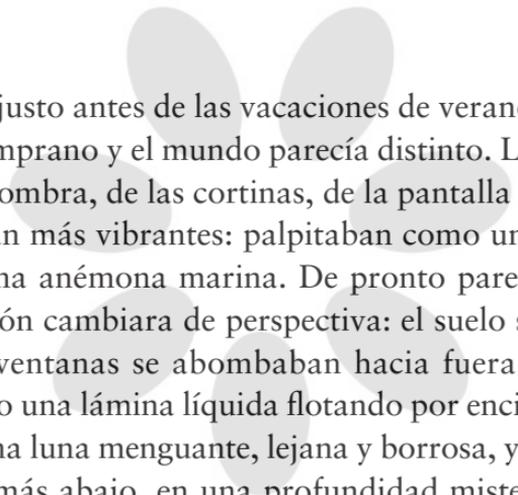
Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Cerebelo

1980





Un día, justo antes de las vacaciones de verano, me desperté temprano y el mundo parecía distinto. Los colores de la alfombra, de las cortinas, de la pantalla de la lámpara eran más vibrantes: palpitaban como un corazón, como una anémona marina. De pronto parecía que la habitación cambiara de perspectiva: el suelo se inclinaba, las ventanas se abombaban hacia fuera. El techo era como una lámina líquida flotando por encima de mí, como una luna menguante, lejana y borrosa, y yo estaba mucho más abajo, en una profundidad misteriosa. No había nada estático, todo reverberaba y cambiaba. Tenía la sensación de que mi hermana, que estaba en la litera de abajo, se encontraba a kilómetros de mí.

Me quedé tumbada, con los brazos a los lados, absorbiéndolo todo. La luz, el color, el movimiento. ¡Oh, mundo feliz!

Después de mirar un rato cómo mi habitación se disolvía y volvía a cobrar forma, quise levantarme, pero al tratar de incorporarme me estalló una sensación en la cabeza. Era un dolor muy fuerte, muy puro, como si

sonara un acorde agudo en alguna parte, por dentro de los ojos. Era un dolor que me estiraba la cabeza como si fuera a estallar, como si el cráneo fuera un globo con demasiada agua dentro. Era un dolor con colores: blanco, amarillo, manchas y rasgones rojos... y con personalidad. Era como estar con una persona necesitada, irascible, que insistía en abrazarme con mucha fuerza, parlotando junto a mi oído, que no me dejaba en paz ni un momento, que se apoderaba de mi vida, que hablaba por mí y no me soltaba.

Nunca antes había padecido un dolor igual ni lo padecería después. No tenía bordes, era perfecto en el sentido en que lo es la cáscara del huevo. Y era invasivo, me colonizaba: sabía que pretendía apoderarse de mí, usurparme, como un espíritu maligno, como un demonio.

Al día siguiente, más o menos, el dolor se intensificó, cobró más fuerza y concentración, y me parecía que las manos actuaban por su cuenta. Temblaban y oscilaban como los brazos de la marioneta con cabeza de estopa y falda acampanada que colgaba del techo del dormitorio. Estiraba el brazo por encima del lavabo para coger el cepillo de dientes, pero la mano, en vez de tocarlo, tocaba la pared, el aire, la pared de nuevo. Quería coger un lápiz, pero los dedos se negaban a sujetarlo. Por lo visto, los mensajes del cerebro, la parte de mí que entonces consideraba mi alma, no llegaban a la mano a la que iban dirigidos. La transmisión se perdía por el camino.

—Mira —le dije a mi madre—, mira esto.

Cuando llegó el médico de cabecera (vino a visitarme a casa de urgencia, algo raro y extraordinario), las piernas me temblaban de una forma incontrolable, y también el cuello, la cabeza y los brazos.

Lo que recuerdo con prístina claridad es cuando me llamaron para que bajara. Descendí las escaleras peldaño a peldaño. El médico, que me conocía desde pequeña, me miraba atentamente, inmóvil, con el maletín en una mano, al lado de mi madre. No decían nada mientras me acercaba con las piernas como flanes y la mano buscando la balaustrada. Les veía la cara como flotando en mi campo de visión, y detrás de ellos, la moqueta, que parecía un torbellino de color naranja y marrón, la luz que entraba por el cristal esmerilado de la puerta de la calle, la gabardina beis pardusca del médico, la fina cadena de oro del reloj de bolsillo que cruzaba el chaleco hasta el otro lado.

Cuando llegué al último peldaño, el médico se dirigió a mi madre y le dijo:

—Hay que llevarla al hospital.

Poco después estaba en la camilla de un pediatra. Me dijo que le apretara el dedo tan fuerte como pudiera, que siguiera la trayectoria de una linterna pequeña, que me tocara la nariz con el pulgar, que me llevara la mano izquierda al hombro derecho. Me tocó un pie y después el otro y me preguntó: «¿Izquierdo o derecho?». Me sonrió, aunque lo hice todo mal, y después les dijo a mis padres que me llevaran al área de neurología del hospital nacional de Cardiff.

¿Era consciente del peligro que corría mientras iba en el asiento de atrás camino del gran hospital, envuelta en una manta de ganchillo, viendo pasar la ciudad por las ventanillas del coche? Ahora que tengo hijos considero este episodio con otra perspectiva. Soy consciente del pánico que debieron sentir mis padres durante aquel trayecto (puedo hasta saborearlo) y mientras atravesá-

bamos las puertas automáticas de aquel hospital, esperaban en la consulta del neurólogo o veían cómo me ingresaban y me llevaban a otra parte en silla de ruedas.

No recuerdo qué hacían, si exteriorizaban sus sentimientos o no. Yo estaba encerrada en un cofre de dolor, de fiebre. Recuerdo la consulta del neurólogo, mucho mayor que la del médico amable, los juguetes guardados en cestas, una bata en concreto, de color morado, con tacto de pelusa, los relojes plateados que colgaban boca abajo del pecho de las enfermeras, los golpecitos que me daban en el brazo para encontrar las venas, el pinchazo y la succión al sacarme sangre para un análisis, el susto de color carmín al ver lo que aparecía en el émbolo. ¿Me di cuenta del peligro que corría cuando vinieron a verme familiares de muy lejos, que se quedaban al lado de la cama y me miraban? ¿O cuando llamaron a dos médicos londinenses, de Great Ormond Street, para que me visitaran? ¿O cuando me hicieron la punción lumbar, tumbada de lado, atada, y me extrajeron líquido de la columna vertebral, y el papel de la camilla se arrugaba alrededor de mi cara a medida que yo forcejeaba? ¿O en el momento en que ya no podía moverme en absoluto, ni indicar con gestos que tenía sed, que me dolía la cabeza, que tenía que ir al lavabo?

El hospital estaba a treinta y dos kilómetros de casa y mis padres tenían otros dos hijos a los que había que alimentar, cuidar, llevar y traer del colegio; lo normal. Este episodio sucedió durante el periodo escolar y mi padre tenía que ir a trabajar. Cada día venía uno de los dos para estar conmigo, pero había momentos en los que debía acostumbrarme a estar sola. Era una soledad extraña, inquietante, porque había una enfermera a mi

lado veinticuatro horas al día, por si mis padres no estaban. La enfermera toqueteaba los monitores y los termómetros y de vez en cuando se levantaba de la silla y me tomaba el pulso. Yo sabía que había otros niños enfermos en el ala del fondo del pasillo. Esas habitaciones, que por una parte daban a un aparcamiento iluminado por el sol de finales de verano y por el otro tenían unas ventanas adornadas con personajes de tebeos infantiles dibujados con poca precisión, eran otra historia.

Cuando eres pequeña, nadie te dice que vas a morir. Tienes que averiguarlo por ti misma.

Las pistas pueden ser: que tu madre llore pero finja que no; que te separen de tus hermanos; que los médicos te miren con una expresión concentrada, grave, y con cierta fascinación; que las enfermeras procuren no mirarte a los ojos; que tus familiares hagan largos viajes para venir a verte. Otras señales seguras son: habitaciones de aislamiento en el hospital, terapias agresivas y grupos de estudiantes de medicina.

Véase también: grandes regalos.

La parte del encéfalo que rige las funciones motrices es el cerebelo, y se encuentra encajado en la base del cráneo, debajo de los hemisferios cerebrales.

No inicia el movimiento, pero desempeña un papel crucial en la coordinación, la sincronización y la precisión; recibe y procesa mensajes de la médula espinal y otras partes sensoriales del cerebro. También interviene en las funciones cognitivas, como el lenguaje y la aten-

ción, y además regula las respuestas al miedo y al placer.

Exteriormente se diferencia del resto del encéfalo: presenta unos surcos finos y paralelos cuya textura recuerda a la garganta de la ballena azul. La corteza cerebelosa es una capa continua de tejido con abundantes surcos y pliegues dispuestos en acordeón. En el fondo de estos pliegues se encuentran multitud de neuronas en formación regular, lo que proporciona al cerebelo una enorme capacidad para procesar señales.

El encéfalo es una masa, una red de células interconectadas que, cuando se comunican, se encienden como lucecitas de Navidad. En el fondo, en esencia, lo que nos anima es un sistema de circuitos que transmiten información.

El cerebro humano tiene más de cien billones de células nerviosas o neuronas. Vistas a través de un microscopio muy potente, parecen simplemente un árbol, con un tronco (el axón) que se ramifica en numerosos filamentos (las dendritas). El axón de una neurona se encaja entre las dendritas de la siguiente; el hueco que queda en medio se llama sinapsis. Las sinapsis entre las neuronas se producen a la velocidad de la luz por medio de corrientes eléctricas minúsculas. Absolutamente todo lo que decimos, todas nuestras reacciones, son el resultado de los impulsos eléctricos que pasan de unas neuronas a otras. Si falla la comunicación entre las células neuronales, si las corrientes eléctricas entre el axón y las dendritas dejan de funcionar, si las sinapsis no se producen por el motivo que sea (lesión, enfermedad, vejez, derrame cerebral, un virus), el cuerpo no hace nada. Se queda en silencio, se detiene como un juguete mecánico cuando se le acaba la cuerda.

El deterioro de las neuronas, axones, dendritas y

sinapsis del cerebelo produce trastornos en la motricidad fina y gruesa, el aprendizaje de la motricidad, los movimientos de los ojos, el equilibrio, la postura, el habla, los reflejos, impide calibrar distancias y saber cuándo detenerse. A largo plazo, los efectos de las lesiones cerebelosas pueden manifestarse en forma de hipersensibilidad, impulsividad, irritabilidad, conducta retraída u obsesiva, respuestas anormales al miedo, deficiencias o excesos sensoriales, desinhibición, disforia (depresión o angustia excesivas), trastornos del sueño, migrañas, desorganización visoespacial, defensividad táctil, sobrecarga sensorial y pensamiento ilógico.

En latín, cerebelo significa «cerebro pequeño».

Como solo tengo ocho años y los médicos no hablan mucho conmigo (aparte de preguntarme: ¿notas esto? ¿Puedes hacer lo otro? ¿Puedes seguir el movimiento de esta linterna?), tengo que buscar otras formas de interpretar lo que sucede. Sé que ahí fuera, en el pasillo, se dicen muchas cosas, y por teléfono, y detrás de puertas cerradas, y en las notas que hay al pie de mi cama. Ahora me dedico a escuchar, a observar. Miro la cara que ponen mis padres, de pie, a un lado de la cama, y la de los médicos, al otro. Aprendo a detectar los matices, los movimientos del entrecejo, las mínimas alteraciones de la expresión facial, las sonrisas forzadas y diluidas de mis padres, si aprietan los dientes o los puños. Busco el sentido de los silencios entre palabras, entre preguntas, de las vacilaciones del médico antes de dar una respuesta, de la forma en que me miran antes de reunirse junto a la puerta o de ponerse a hablar asomados a la ventana.

De todo lo que oigo deduzco que me van a hacer una cosa que se llama escáner TAC. Me gusta ese nombre, porque evoca pelo, patas, bigotes, una cola larga y enroscada.<sup>4</sup> Por lo que sé, consiste en hacerme fotografías del cerebro, y así los médicos sabrán cómo curarme. Me gusta eso del escáner TAC: fotografías, algo que ver con gatos, curarme.

Cuando por fin llega el día, me llevan a dar un largo paseo por todo el hospital. Me sienta en una silla de ruedas la auxiliar que me cae bien, la del pelo amarillo y rizado que me cuenta cosas de sus periquitos. Cruzamos pasillos y puertas, subimos y bajamos en ascensores, nos vamos lejos del ala de pediatría. Estamos en el hospital principal; los adultos están sentados en sillas, las puertas automáticas se abren y se cierran dejando pasar el aire de la calle, la gente me mira y enseguida vuelve la cabeza a otro lado. Hace mucho tiempo que no me miro en el espejo, pero, mientras me empujan en la silla, tengo la sensación de que ya no soy como antes.

Y ahora me levantan y me ponen en una camilla, y todo el mundo sale de la habitación: el radiólogo, la auxiliar, los camilleros. Todos.

Creo que entonces grito ¿dónde estáis?, pero nadie me oye porque la camilla se mueve. Yo también me muevo. Oigo un zumbido electrónico y me deslizo por la boca negra de una gran máquina gris.

Ya están dentro la cabeza, los hombros, el pecho. Me han metido en un tubo estrecho y gris. Entran las caderas, las piernas. Me traga un monstruo; estoy atra-

4. CAT: siglas inglesas de las castellanas TAC (Tomografía axial computarizada).

pada; estoy en su garganta y nunca más saldré de aquí.

Entonces se desata un ruido, un estruendo mecánico ensordecedor. Estoy en medio de esta tormenta, aprisionada entre el plástico gris brillante.

Grito, claro. ¿Quién no gritaría? Pero el grito no se oye porque el CAT hace un ruido tremendo.

Recuerdo la necesidad (más imperiosa que nunca en esos momentos) de forcejear, de luchar, de moverme, de salir de ese túnel, bajarme de la camilla y echar a correr por los pasillos y las puertas automáticas. Pero no puedo. No puedo moverme. Las piernas no responden al cerebro, a las sinapsis, a las señales neuromusculares. El cerebro no les dice nada a los músculos. Como si no estuvieran. No se hacen caso unos a otros, se dan la espalda... fingen que los otros no están.

De todos modos, seguro que el pánico me ha obligado a moverme un poco, porque de pronto vuelven todos a la habitación. Me sacan del tubo. La auxiliar me da la mano mientras hablan de qué hacer conmigo.

La respuesta es «ligaduras». Con ocho años, no sé lo que son las ligaduras, pero unos momentos después me ponen correas en las piernas, en la cintura, en los hombros, en la frente.

Esta vez chilló incluso antes de que la cabeza entre en el túnel.

Vuelve la auxiliar del pelo amarillo. Me dice que tengo que estar muy quieta para poder sacar bien las fotos del cerebro. Lloriqueo sin soltarle la mano. Lo entiendo, le digo. Sí, lo entiendo.

Pero no sirve de nada. En cuanto noto que me acerco al túnel, no puedo contenerme. La idea de tener que

estar tumbada en ese sitio estrecho, gris y sin aire puede conmigo.

Me sacan otra vez. Más debate. El radiólogo mira el reloj. Mandan a la auxiliar a buscar a alguien. Los camilleros me rodean, pero nadie me quita las correas.

Por favor, gimo, por favor, quitádmelas. La presión de las correas en la cabeza, en el pecho, es insoportable. La noto todavía, mientras escribo estas palabras. En esta habitación extraña, rodeada de gente a la que no conozco, salgo, como dice mi madre, «fuera de mí». Chillo con una voz ronca, irreconocible; el pánico me golpea como el mar en un rompeolas. Se me acelera el corazón, tropieza, se me acelera otra vez. Parece el fin de todo. Los que están en la habitación se inquietan, remueven gráficas y cortinas. No están acostumbrados a tratar con niños, y menos con niños angustiados. Son radiólogos, son los que manejan las máquinas, los que detallan las gráficas, los que analizan los resultados. No saben qué hacer. Se alejan, se refugian en las esquinas de la habitación, despejan el espacio que me rodea. Se me saltan las lágrimas, me mojan la cara, me empapan el pelo.

La auxiliar llega corriendo. Viene con una enfermera. Exclama algo, murmura palabras para tranquilizarme, me da golpecitos en el hombro. No me mira a los ojos cuando me dice que no va a pasar nada, así que no le creo. Y, como compruebo después, hago bien en no creerle.

La enfermera mayor invierte la aguja, la llena con un líquido transparente. ¿Cómo supe que tenía que tener miedo?

—¡No! —grito, poseída por un terror nuevo, sin nombre—. ¡No, no, no!

Les digo que voy a ser buena, se lo prometo, que me quedaré quieta. Me ponen la inyección de todos modos.

Descubro que el sedante solo entra en la piel. Te cubre como una corriente caliente, sofocante, como si te envolvieran en una manta gruesa y apretada. No te deja hablar, articular, comunicarte. La lengua se queda como muerta detrás de los dientes; los ojos miran desde las profundidades del cráneo. Desaparecen las sensaciones de los brazos y las piernas, de los centímetros exteriores del cuerpo.

Pero ¿por dentro? Por dentro, el pánico y el miedo no se van, solo se agrupan en un espacio menor.

Me meten en el escáner. Toda yo estoy encerrada en este ataúd gris, con el techo a centímetros de la cara, inmóvil. La máquina rota y chirría a mi alrededor, me mueve hacia delante, hacia atrás.

Cuando me sacan, la auxiliar está esperándome. Me sienta en la silla de ruedas; la enfermera la ayuda porque no hay tensión en mi cuerpo. Me desplomo como un cadáver, pesada, difícil de manejar. Cuando me acomoda en la silla y me arroja con una manta veo que está llorando, tiene la cara llena de reguerillos húmedos.

Los resultados del escáner no son concluyentes. Me hacen otro la semana siguiente. Esta vez mi madre viene conmigo. Le dejan estar en la habitación con un traje enorme, inmenso, que la protege de la radiación. Me agarra el pie mientras estoy dentro de la máquina. De nuevo, los resultados no son concluyentes.

Hace un par de años, mi madre me dio varias cosas, entre ellas un sobre amarillento con la etiqueta «CERTI-

FICADOS DE M». Lo guardaba en el desván, en una caja de objetos perdidos, olvidados, y tardé un tiempo en abrirlo: las esquinas dobladas y la cinta adhesiva quebradiza no anunciaban nada urgente. Cuando por fin lo abrí, encontré el título de secundaria y las notas del instituto, certificados de exámenes de piano, un papel en el que se hacía constar a quien correspondiera que yo había superado un módulo de nivel dos de mecanografía, un documento que certificaba el segundo premio en la sección de poesía del *eisteddfod*<sup>5</sup> del colegio. Entre estas pruebas de los títulos que había obtenido, de las horas y horas que había pasado estudiando piano, encontré también una carta que nunca había visto. En el membrete llevaba el emblema del dragón rojo de un hospital de Gales, e iba dirigida «A quien corresponda», la había escrito el médico que había supervisado mi primera hospitalización, y después, meses más tarde, la lenta y gradual recuperación.

Era un hombre simpático, de pelo áspero color zanahoria y tacto seco y suave, que siempre llevaba una hilería de bolígrafos en el bolsillo de la bata y tenía una mirada astuta. Trataba a mis padres con calma, a mí también. A veces hablaba en galés y me llamaba *cariad*, «cariño». Estuve años yendo a su consulta una vez al mes, hasta que me fui de Gales, a los trece años. Me sentaba en el borde del sofá y charlábamos mientras me tocaba las rodillas para ver si todavía tenía los reflejos inhibidos, si seguía moviendo la pierna de lado a lado en vez de adelante hacia atrás... y siempre era que sí, y

5. Palabra galesa que designa un festival tradicional de música, poesía y teatro.

todavía lo es. Me preguntaba qué tal el colegio, yo me encogía de hombros y él me miraba sin decir nada. Traía a un grupo de estudiantes de medicina, los colocaba en fila, les enseñaba mis mejores movimientos (el reflejo pendular de las piernas, la incapacidad de tocarme la nariz con el dedo, la caligrafía ilegible, la falta de equilibrio), después les preguntaba qué me había pasado. Me daban lástima aquellos jóvenes nerviosos que me miraban a mí y después a él, toqueteando el brillante estetoscopio que llevaban colgado, y a menudo sentía la tentación de pronunciar con los labios «lesión cerebelosa» o «ataxia», para ayudarlos un poco.

Su firma figura al final de la carta amarillenta, escrita a máquina, en la que especifica a grandes rasgos lo que me sucedió. Mientras la leo me pregunto a quién iría dirigida. Exactamente, ¿a quién correspondía conocer esos detalles, las fechas y fases de mi enfermedad? ¿Era para mí, para cuando creciera, un resumen de lo que me pasó, sin adornar, sin embellecer, de la época en que sucedió? ¿Era para los médicos, especialistas y doctores que pudieran tratarme más adelante y que se preguntaran por qué no podía caminar en línea recta, sostenerme sobre un pie u orientarme entre objetos?

Cuando tengo una cita médica (con un fisioterapeuta, una comadrona, un especialista en fertilidad, una enfermera especializada, una osteópata, un oculista, un anestesista) siempre hay un momento en que ponen cara de no entender algo. A lo mejor me levantan un brazo o una pierna y lo flexionan, perplejos, una y otra vez; les confunde que las gafas de leer que me han prescrito me hagan vacilar y perder el equilibrio; no me creen cuando les digo que no tomo ni una gota de alcohol a la semana.

Siempre hay algo en mí que les parece fuera de lo común, extraño, inexplicable, y echan un vistazo a mi historial y después me miran.

Tengo que aclararme la garganta y respirar hondo.

—Lo que pasa... —empiezo, y les cuento, resumido, solo lo esencial, lo que pone en esta carta.

Escribir sobre esto me resulta difícil, no porque se trate de una época dolorosa que me cueste recordar ni porque sea complicado o penoso pensar en estas cosas y darles forma en frases y párrafos. Es sobre todo porque el tiempo que pasé en el hospital es la bisagra de la que cuelga mi infancia. Hasta aquella mañana en la que me desperté con dolor de cabeza yo era una persona; después, otra muy distinta. Se acabó el escaparme de pronto por la acera, el echar a correr para irme de casa, se acabaron las carreras de toda clase. Jamás volvería a ser la misma y no tengo ni idea de quién podría ser ahora si de pequeña no hubiera tenido encefalitis.

Lo que se vive y lo que se pasa cuando se está gravemente enferma adquiere una cualidad casi mística. La fiebre, el dolor, la medicación, la inmovilidad: todas estas cosas te dan claridad y también distanciamiento, según predomine la una o el otro.

La fase más aguda de la encefalitis la recuerdo como en destellos, en estallidos sueltos, en escenas aisladas. Algunas cosas las revivo de forma tan cruda e inmediata como el momento en el que sucedieron; en estas me veo en primera persona, en presente de indicativo, por así decir. Otras, casi tengo que obligarme a afrontarlas y las contemplo como si fueran películas: hay una niña

en una cama de hospital, en una silla de ruedas, en una mesa de operaciones; hay una niña que no se puede mover. ¿Cómo es posible que esa niña fuera yo?

Tengo más conciencia de lo que vino después: la rehabilitación. La vuelta a casa al salir del hospital, las semanas y meses de convalecencia, en la cama, entrando y saliendo del sueño, oyendo conversaciones ajenas durante las comidas, percibiendo las emociones, las entradas y salidas de los miembros de la familia en el piso de abajo. Las visitas que venían con libros y peluches de regalo. Y, en una ocasión, la visita de un vecino de la acera de enfrente, que llegó con unos cobayas en una cesta y los soltó encima de mi cama; asustados, los animales se pusieron a subir y bajar por mis inútiles piernas con sus garritas rosadas.

La convalecencia es un estado extraño, distante. Pasan las horas, los días, las semanas, y tú no participas. Como convaleciente, estás envuelta en el silencio y la inmovilidad. Eres lo único fijo en toda la casa, estás aprisionada como una mosca en ámbar; acostada en la cama como la efigie de una tumba. Solo oyes los ruidos de tu propio cuerpo, así que hasta el último detalle adquiere gran importancia, se magnifica: el latido del pulso, el roce de pelo contra el algodón de la almohada, el cambio de postura de las piernas con el peso de las mantas encima, la oclusión líquida cuando el párpado de arriba se encuentra con el de abajo, el susurro silvestre del aire que entra y sale por la boca. El colchón presiona desde abajo y te mantiene arriba. El vaso de agua espera al lado de la cama, unas burbujitas plateadas aprietan la cara contra el cristal. Las distancias que antes parecían nimias (de la cama a la puerta, el tramo de pasillo hasta el retrete, del tocador a la ventana) resultan ahora

inmensamente largas. Al otro lado de las paredes, la mañana desemboca en la hora de comer, en la tarde, en la noche y vuelta a empezar.

Un tiempo después, empezaron a bajarme al otro piso, donde podía tumbarme en el sofá, tapada con una manta, y ver los pájaros que saltaban de los árboles deshojados al comedero. Aquel invierno me resultó muy difícil entrar en calor: la temperatura corporal depende mucho del movimiento, y yo no podía generar ni movimiento ni calor, los dedos se me enroscaban sobre sí mismos, inanimados y azules.

Tenía que hacer ejercicios y estiramientos para evitar que los músculos y los tendones se atrofiaran. Mi padre envolvía una botella de cristal en una manta, me colocaba las piernas encima, me decía que levantara los tobillos y golpeaba el suelo si lograba hacer el menor movimiento. Como buen aficionado a las estadísticas y a la investigación, llevaba gráficas de mis progresos. Y todavía las tiene, registros y resultados anotados en descolorida tinta verde, número de milímetros, peso en gramos, tobillo, rodilla, brazo y muslo. Conserva un fajo de mis esfuerzos por reaprender a escribir, que van desde unas runas ilegibles, como hormigas, hasta letras inseguras pero reconocibles.

Sin embargo, por lo general mis hermanas estaban en el colegio y mi padre en el trabajo, así que mi madre y yo éramos las únicas habitantes de la casa. Hacía hidroterapia en una piscina, allí me animaban una y otra vez a poner el pie en un peldaño sumergido, con la esperanza de que el agua me proporcionara el soporte que mis inútiles piernas necesitaban. Fui a incontables sesiones de fisioterapia en el hospital del barrio. En 1981 era la

única niña entre los pacientes externos de fisioterapia y me encantaba: los fisioterapeutas parecían alegrarse mucho de verme cada día, y también las señoras mayores que tenían los dedos artríticos, cubiertos de cera blanca, y los señores mayores que se recuperaban de apoplejía apretando pelotas de goma con manos débiles y levantaban con los tobillos bolsas de alubias de un kilogramo. ¡Mira quién ha venido!, exclamaban cuando mi madre entraba conmigo por el linóleo... Como si estuvieran esperándome.

Un día, un joven de barba corta y oscura y sudadera con cremallera se acercó a mí en su silla de ruedas mientras la fisioterapeuta salía un momento a atender el teléfono.

—¿Quieres uno? —me dijo, agitando delante de mí un caramelo de café envuelto en papel dorado.

Tenía acento de los Valleys, ondulado, de vocales suaves.

Le dije que sí. Sabía que tenía que desarrollármelo él y lo hizo con toda la tranquilidad del mundo, como si no viera el temblor de mis manos cuando intenté cogerlo.

Desenvolvió otro para él. Nos los comimos como buenos amigos, yo en el suelo y él en la silla de ruedas.

—Entonces, ¿siempre has estado así? —preguntó de pronto, señalándome con un gesto de cabeza.

—No —contesté, cambiando el caramelo de lado—. Tuve un virus.

Le miré las piernas esqueléticas y retorcidas, sujetas con correas hasta los reposapiés de la silla. Se parecían a las mías: dos palillos sin músculo, sin tono, reducidas a piel y huesos. Tenía el tronco, el pecho y los hombros potentes, incongruentemente desarrollados. Parecía un hombre

sirena, con la parte superior humana, que iba adelgazándose hasta terminar en una cola de pez escamosa.

—Y a ti ¿qué te pasó? —le pregunté.

—Me caí de la moto, ya ves —dijo, arrugando el papel del caramelo—. Me partí la espalda, la columna vertebral. Que no se te ocurra subirte a una moto en tu vida —añadió, apuntándome con el dedo—. Si alguna vez tienes la tentación, acuérdate de mí.

Nos miramos y me dio la sensación de que ambos intentábamos ver en el otro a la persona que era antes, la que ya no existía, un bípedo de cuerpo perfecto, que nunca pensaba en el milagro que es la independencia de movimiento y que ahora se encontraba confinado dentro de un ser atrofiado, sedente. Lo miré y me imaginé a un hombre con pantalones de motorista saliendo a toda velocidad de un pueblo de los Valleys, con la barba y el pelo negros escondidos en el casco, tomando una curva, inclinándose hacia el firme, cortando el aire con su rápida trayectoria. ¿Le dio tiempo a ver borrosamente a una niña que corría, que saltaba, que escalaba por las ramas de un árbol o se tiraba al mar?

Y resultó que seguí su consejo sobre las motos. Nunca me he montado en una, a pesar de la insistencia de un novio que tuve, que era un fanático del motor y las dos ruedas.

No recuerdo cómo se llamaba el hombre de los Valleys. Antes lo sabía: nos veíamos casi todas las semanas. Siempre me decía: «¿Cómo es que todavía estás ahí tirada, en el suelo? Ya va siendo hora de que te levantes, holgazana». Coqueteaba con las fisioterapeutas, llamaba «querida» a las señoras mayores y ellas se sonrojaban y se reían. Un día apostamos a ver cuál de los dos sería el

primero en dar un paso. Ahora, como es lógico, comprendo que era una estratagema, que él no volvería a andar nunca, que quería que me pusiera de pie, aunque sabía que él no lo conseguiría jamás... tal vez lo deseaba precisamente por eso.

En alguna parte, quizá en los archivos de un hospital del sur de Gales, existe una película en blanco y negro en la que tengo nueve o diez años, llevo un chándal de velvetón como los que suelen ponerse los inquilinos de las residencias de ancianos de Florida, y estoy intentando, con diferentes resultados, andar por la sala, subir unas escaleras, manejar un bolígrafo. Vuelvo la cabeza a la cámara y sonrío, como si fuera un vídeo de las vacaciones y no metraje de investigación médica. Hay otra, de unos años más tarde, en la que aparezco más desgarbada, más enfurruñada y remisa, con unos vaqueros de pitillo y un jersey recto que me tapa hasta las manos. Habrá en el mundo algunos médicos, pediatras, neurólogos y psicoterapeutas que, en su época de estudiantes, las hayan visto para aprender algo sobre lesiones cerebrales.

Si hoy no vivo encamada es gracias a ese servicio de fisioterapia, al personal y a los pacientes que conocí allí. Ellos no se rindieron conmigo, creían que tenía la capacidad de moverme, de recuperarme, mientras que los médicos no, y eso permitió que yo volviera a caminar. Si te dicen que puedes lograr tal cosa y ves que quien te lo dice lo cree de verdad, tienes la posibilidad al alcance de la mano. «¡Vamos!», recuerdo que me animaba el hombre de la barba cuando me esforzaba por levantar las rodillas de la colchoneta.

—Puedes hacerlo —asentían las señoras mayores desde su sitio, en la máquina de la cera.

—Dame la mano —decía la fisioterapeuta—, no te dejaré caer.

También me creó una dulce pero falsa sensación de que en el futuro sería muy bien aceptada y muy querida, porque apenas podía andar o sostener un bolígrafo, porque había perdido la facultad de correr, ir en bici, atrapar una pelota, comer sola, nadar, subir escaleras, saltar, botar, y era una niña que iba a todas partes en un humillante cochecito enorme. Allí me querían, era especial, me aceptaban, me animaban: allí todos me deseaban lo mejor. Y eso no me preparó, no me dio la clave de lo que me esperaba fuera, cuando por fin volví al colegio. En el colegio me llamaban «pato», «babosa» o «cachorrita», me preguntaban con exigencia qué enfermedad tenía y si era contagiosa. Me ponían la zancadilla solo para reírse, me escupían y me tiraban del pelo, me tildaban de enferma o de retrasada. La dirección del colegio acordó trasladar mi aula al piso de abajo, pero no el comedor, así que todos los días tenía que elegir entre quedarme sin comer o subir las escaleras de la única manera que podía, a cuatro patas, como un oso, como un niño pequeño, mientras el resto de alumnos me observaba.

Hacemos lo que sea necesario para sobrevivir; somos una especie con mucha inventiva ante la adversidad. Robert Frost dijo: «La mejor forma de salir es por el medio», y creo que es verdad, pero al mismo tiempo, también pienso que, si no se puede ir por el medio, siempre se puede dar un rodeo.

Desenvolví muchos almuerzos en los servicios de la planta baja, con la puerta cerrada y los pies en alto para que nadie me localizara. El olor de la lejía y el de cierto

papel de manos siempre me remiten a lo mismo: bocadillos deformes de mantequilla de cacahuete que comía sola, sentada sobre una cisterna con las piernas cruzadas.

Ahora que soy adulta, la enfermedad se me presenta en primer plano o se me olvida. Puedo pasar días sin pensar en ella; en otros momentos, me parece una circunstancia que me define. Lo significa todo. No significa nada.

Significa tener que escribir muchas frases, aunque sean cortas, en el pequeño espacio de los cuestionarios que preguntan: ¿Ha padecido alguna otra enfermedad? Ha significado tener que explicar varias cosas a determinadas personas con las que me relaciono: por qué puedo caerme, por qué se me caen los cubiertos tan a menudo o tiro tazas, por qué no puedo recorrer largas distancias a pie ni en bicicleta, por qué tengo que hacer una serie de ejercicios y estiramientos varias veces al día.

Significa que tengo una percepción alterada e inestable del mundo. Que veo cosas que no están, como luces, destellos, puntos o desgarrones en la tela de la visión. Algunos días, de pronto aparecen agujeros que se resquebrajan y arden en el centro de lo que estoy mirando, o el texto desaparece en el instante en que vuelvo la vista hacia la hoja. El suelo puede balancearse como la cubierta de un barco. Puedo volver la cabeza hacia un ruido y de pronto el cerebro me informa con total seguridad de que no estoy de pie, sino tumbada, de que la habitación está boca abajo, de que nada es lo que parece. Si me doy la vuelta en la cama, el cerebelo no responde y, no sé cómo, se queda mirando hacia el otro lado; tengo que

cerrar los ojos, apretarme la cara con los puños, respirar profundamente hasta que el cerebro decide ponerse de acuerdo conmigo. Mi hijo de dos años puede tirarme al suelo muy fácilmente.

—¿Soy yo —le pregunto a mi marido— o el sofá está levantado por un lado?

—Eres tú —responde él pacientemente.

—Y ¿el techo tampoco se está moviendo?

—No —dice otra vez, y pasa la página del libro—, no se mueve.

Significa que en la vida he necesitado casi siempre, prácticamente desde que tengo conciencia, de toda una serie de tapaderas, cortinas de humo y trucos de prestidigitación. Duermo con una luz para no caerme si tengo que levantarme por la noche. Nunca tomo alcohol ni drogas ni los probaré jamás, porque no debo tocar nada que pueda afectar mi inestable control motriz. Durante casi toda la infancia y adolescencia tartamudeé de forma horrorosa, y todavía me pasa ahora, a veces, cuando me enfrento a una voz hostil, a una mirada escéptica o a la cabeza pelada de un micrófono radiofónico.

Me caigo o tropiezo si no me concentro. Cuando bajo o subo escaleras, tengo que mirarme los pies y aplicarme con diligencia a la tarea de dar cada paso. Nunca hables conmigo si estoy subiendo escaleras o cruzando una puerta: tengo que poner los cinco sentidos en hacer estas cosas.

Jamás jugaré a la gallina ciega, ni haré surf, ni me pondré tacones altos ni saltaré en una cama elástica. Las mesas llenas de cubiertos, vasos de agua, jarras, jarrones o servilletas representan un gran obstáculo para mí. Me siento a ellas con una enorme sensación de temor, las

miro como si fueran un examen particularmente difícil, con una mezcla de miedo, ansiedad y humillación incipiente. Es una sobrecarga sensorial, espacial, que puede terminar con agua derramada, tenedores en el suelo, vasos rotos y curiosas invasiones desorientadoras en mi sistema vestibular: demasiados objetos, demasiada exigencia para mis defectuosos sentidos, demasiadas cosas que sortear.

Tengo muchas heridas y moratones negruzcos en las piernas y en los costados, de encontronazos con estanterías de libros, jambas de puertas, esquinas de mesas y patas de sillas. Me atemorizan las escaleras de las tarimas de los festivales literarios (¡caerme delante del público!), pero me niego en redondo a aceptar ayuda. Cuando llevo niños en brazos por unas escaleras, sobre todo recién nacidos, lo hago como mis antepasados primates, usando la mano libre para apoyarme un poco mejor.

El brazo izquierdo me sirve de poco: solo puedo cargar una bolsa de la compra o sujetar la mano de un niño, manejar una bicicleta o un cochecito y nada más. Hace poco fui con una amiga a un restaurante chino: levanté la tapa de la tetera con la mano izquierda para servirle una taza y me quedé a más de diez centímetros del borde. El líquido oscuro y ardiente cayó en la mesa, por encima de la comida, de las chuletas de cerdo, de las servilletas, y las dos empezamos a reírnos de una forma muy inoportuna.

—Lo siento —le dije—. Tengo muy poca mano izquierda.

—Ya —dijo ella, limpiándose—. Lo mejor será que la vendas.

—Puede que sí —dije—. Se vende mano inútil.

También significa que siento una gran aversión por los sitios demasiado pequeños y cerrados.

Cuando mi primer hijo empezó a andar, lo llevé a un parque infantil que había cerca de casa, en Londres. Nunca había estado en un sitio así. Era un edificio enorme, de varios pisos, lleno de escaleras y rellanos acolchados, toboganes en espiral, piscinas de bolas de goma de todos los colores... ¡Cuánto le gustaba recorrer los pasillos con sus andares de marinero borracho, subir las escaleras, tirarse de cara a la piscina de bolas!

En el piso más alto, iba corriendo delante de mí por un suelo acolchado e iluminado con luces de neón cuando de pronto se metió en un túnel estrecho de color azul, gateando a toda velocidad por la brillante boca de plástico. Solo me dio tiempo a ver desaparecer el pie con el calcetín.

Me agaché en la boca del túnel, lo llamé. «¡Vuelve!», le dije.

A modo de respuesta, se echó a reír.

Me levanté. Estudié la estructura del juego. ¿Había alguna otra forma de llegar a donde estaba mi hijo sin tener que pasar por el túnel de plástico?

No.

Me agaché otra vez. El túnel debía de medir unos tres palmos... tendría que meterme allí con calzador y seguramente arrastrarme como una serpiente. Y era largo, más que mi cuerpo. Tardaría varios segundos en llegar al otro lado.

Y allí estaba mi hijo, enmarcado en la otra boca, como un ser visto por un telescopio al revés, y me decía: «Ven, ven».

¿No es terrible reconocer que todavía dudaba? En

aquel momento no se me ocurrió ninguna forma de evitarlo: iba a tener que meterme en el estrecho espacio de plástico, confinarme allí por obligación.

Me metí, naturalmente. El amor maternal es muy poderoso, quizá más que el resto de clases de amor.

Llegué al otro lado temblando, desencajada. Mi hijo me dio unas palmaditas en la cara y dijo lo que siempre le decía yo para tranquilizarlo: «Ya está, ya está. No pasa nada».

El haber estado tan cerca de la muerte de pequeña y volver de nuevo a la vida me proporcionó durante mucho tiempo una osadía, una actitud desdeñosa e incluso demencial frente al riesgo. Ahora veo que podía haber sucedido lo contrario: podía haberme convertido en una persona impedida por el miedo, coja por precaución. Sin embargo, salté desde el muro del puerto. Me fui a pasear sola por las montañas, sola viajé por Europa en trenes nocturnos y llegué a ciudades grandes en plena noche sin tener dónde dormir. Recorrí alegremente en bicicleta una ruta que se ha ganado el título de «carretera más peligrosa de Sudamérica», una pista vertiginosa que se desmorona, un sendero erosionado y empinado, cortado a tajos en una gran montaña, en cuyo margen proliferan los homenajes a los que cayeron por el precipicio y encontraron allí la muerte. Crucé lagos helados. Me bañé en aguas peligrosas, metafórica y literalmente hablando.

No es que no concediera valor a la existencia, sino que tenía un deseo insaciable de abrazar todo lo que la vida pudiera ofrecerme. Haber estado a punto de morir a los

ocho años me hizo tomarme la muerte con optimismo, tal vez en exceso. Sabía que un día llegaría y no me asustaba; al contrario, la proximidad de la muerte me parecía casi familiar. Saber que tenía la suerte de estar viva, que con la misma facilidad podía haber muerto, cambió mi mentalidad. Seguir viva me parecía un regalo, un premio, una bendición: podía hacer con mi vida lo que quisiera. Y, además de engañar a la muerte, me había librado de quedarme parálitica. ¿Qué otra cosa podía hacer con mi independencia, con mi condición ambulatoria, sino sacarle todo el provecho posible?

En el colegio nos mandaron estudiar el soneto x de John Donne y me identifiqué tanto con la descripción de la muerte (déspota vanidosa, arrogante e inútil) que me hizo sonreír:

Muerte, no seas tan engréida, aunque algunos te llamen  
poderosa y temible, porque no lo eres [...]  
[...] ni puedes matarme todavía.

Esta despreocupación se terminó en el momento en que tuve hijos, porque de pronto empecé a temer que seguir cuadrándome con provocaciones ante la muerte podía volverse en mi contra. Y ¿si la personificación de Donne, engréida y vengativa, decidía volver a ajustarme las cuentas por tanta insolencia? Y ¿si me llevaba a mí... o a mi hijo? Cuando engendramos una vida nos abrimos al peligro, al miedo. Al coger a mi hijo en brazos me daba cuenta de lo vulnerable que era yo a la muerte: fue la primera vez que eso me asustó. Sabía demasiado bien lo fina que es la membrana que nos separa de ese lugar y la facilidad con la que puede perforarse.

Cuando a un novio que tuve le conté una versión abreviada de lo que me había pasado de pequeña (como explicación, más que otra cosa) se quedó perplejo, como casi todo el mundo, y dijo: «¡Qué mala suerte tuviste!».

Recuerdo que me sorprendió, porque «mala suerte» es justo lo contrario de lo que me parece a mí. Creían que moriría; no fue así. Creían que no volvería a andar, a nadar ni a sujetar un lápiz; no fue así. Creían que tendría que ir en silla de ruedas toda la vida; se la devolvimos al Servicio Nacional de Salud al cabo de un año, más o menos. Creían que tendría que ir a un colegio especial; no fue así. Me auguraban una vida de limitaciones, centros especiales, incapacidad, dependencia.

Considero que tengo muchísima suerte, que soy muy afortunada por haberme librado del destino que me diagnosticaban los médicos. Me he cubierto de tréboles de cuatro hojas, me he llenado los bolsillos de patas de conejo, he encontrado la olla con monedas de oro al final de todos los arcoíris. No podría pedirle nada más a la vida, después de haberme librado de lo que podía haber sido. Podía haber muerto en aquel hospital, pero no. Podía haberme quedado condenada a la inmovilidad de por vida, pero no. Sorteé una bala... muchas, por cierto.

Un día me desperté en el hospital y me encontré a un hombre inclinado sobre mi cama. Me miraba, tenía los ojos muy separados, una cadena gruesa alrededor del cuello, parecida a la que llevaba el perro labrador de un vecino nuestro, y no mucho pelo, entrecano, de punta. Me resultaba conocido y desconocido al mismo tiempo.

—Vaya, vaya —dijo—, mira quién está aquí.

En cuanto habló me di cuenta de que lo conocía de la televisión. Los niños le escribían para pedirle sus deseos más queridos (volar en avión, cuidar de los elefantes del zoo, bailar claqué en un escenario) y él, como el genio de la lámpara, se los concedía.

Y ahora estaba ahí, junto a mi cama. Me miraba de una manera penetrante, sopesándome, con cierta altivez; yo lo miraba perpleja, asombrada.

Muchos años después me encontraré en un atasco de tráfico, esperando en la cola a que cambie el semáforo, con los niños en los asientos de atrás, oyendo las noticias de la radio. Según el titular, las visitas que este hombre hacía asiduamente a los hospitales infantiles no eran lo que parecían. Me quedo con las manos en el volante, mirando el parabrisas cubierto de lluvia. La noticia me impacta, pero al mismo tiempo no. Recuerdo cuando le dijo a la enfermera: «Puede irse. Yo la cuido». La enfermera se negó y se quedó conmigo.

Escucharé al locutor un momento y enseguida apagaré la radio. No quiero que mis hijos lo oigan, no quiero que esas palabras, incomprensibles para ellos, se les cue-len por los oídos. Esa misma noche llamaré a mi madre y le contaré que ese hombre fue a visitarme una vez.

Contendrá la respiración bruscamente y enseguida dirá:

—¿Dónde estaba yo?

—No sé —le diré—. No estabas allí. Pero no pasa nada. No me tocó ni un pelo.

—¿Seguro?

—Seguro. La enfermera no quiso marcharse. Se quedó allí todo el tiempo.

La persona de bata y cofia blancas se movía en el fondo de la habitación, detrás de ese hombre en chándal, con muchas pulseras, mientras él me preguntaba con voz fuerte qué tal me encontraba, cuándo saldría de allí y qué hacía yo en esa foto tan bonita de la mesita de noche en la que estaba con el tutú de ballet.

Ella no se fue de la habitación. Cuando él insistió en que podía irse, en que se tomara un descanso, ella se negó. Le dijo que tenían la obligación de hacerme compañía las veinticuatro horas. Y se quedó allí, detrás de él, y no abandonó su puesto: otra sabia, otro ángel disfrazado.

Antes de irse, el hombre me regaló un libro firmado por él. Lo dejó entre el colchón y los hierros que rodeaban la cama. Era un manual para confeccionar disfraces de Halloween. Mi madre me lo leyó al día siguiente, cuando vino a verme. Miramos juntas los patrones y las ilustraciones y hablamos de cuáles haríamos cuando mejorase. Conservé ese libro muchos años; seguí las instrucciones para hacer una cabeza degollada con papel maché: había que cubrir un globo con tiras de papel y dejarlo secar en el armario de la caldera.

Hace poco, buscando algo que leer a mis hijos, lo encontré otra vez en una caja de libros viejos. Lo saqué, lo abrí, miré la firma. Entonces me fui al otro lado de la habitación y lo tiré a la estufa de leña. Ardió rápidamente, con ferocidad, y solo quedó un fantasma de su silueta en forma de ceniza negra.

No poder moverse es la sensación más extraña del mundo. No es una sensación de pesadez, como podría parecer, sino ligera. Habitas tu cuerpo como una casa:

el cuerpo es una estructura en la que debes vivir lo mejor posible, moviéndote como puedas de una pared a otra. La estructura es inerte, pero tú (esa parte invisible, interior de ti misma) estás más viva que nadie. La piel es sensible al calor, al frío, a las arrugas de la sábana, al peso de las mantas, al roce de la etiqueta del camisón, pero no tiene nada que ver contigo. Ya no.

¿Qué haces cuando no te puedes mover, cuando estás condenada a estar en la cama? ¿En qué ocuparse, cómo divertirse y distraerse? Paso largos ratos mirando el techo, el reloj de la pared, la pestaña de goma que sella la puerta por los cuatro lados. Memorizo hasta el último detalle de la habitación: la pintura de la pared del fondo es de un color crema levemente más claro que el de las otras, hay una franja de luz amarilla en los bordes y blanca en el centro, el grifo gotea de una forma determinada, deja caer dos gotas seguidas y, después, nada en mucho tiempo. Miro lo que hay al otro lado de la ventana, veo los reflejos del sol que los parabrisas de los coches proyectan en el techo. Absorbo retazos de conversaciones que llegan a mi cuarto como pompas de jabón cuando pasa gente bajo la ventana. Suelo pedir a las visitas que me lean algo en voz alta. Mi madre pasa horas leyéndome cuentos de los hermanos Grimm y un libro de historias de la Biblia; mi padre prefiere leerme una antología de cuentos irlandeses. Estoy tumbada y pienso en Moisés flotando en un río hasta que se detiene entre unos juncos. En David buscando la piedra perfecta con la que cargar la honda, en Oonagh, la mujer de Finn McCool, que era muy lista, cuando le parte los dientes a un rival gigante metiéndole una barra de hierro en el pan.

En algún momento, un vecino nos presta una selección de cuentos en cintas de casete: no las había visto nunca. Por fin, una solución. Instalan un reproductor al lado de mi cama y así oigo *My Naughty Little Sister* en la voz de Felicity Kendal y otra voz masculina, muy sonora, que me cuenta los cuentos de Beatrix Potter.

La lechuga tiene *efecto soporífero*.  
 Él llevaba puestos los *chanclos*.  
 Jemima era una *simplona*.  
*Pero ninguno de los dos dijo nada.*

Juego mentalmente con estas palabras como si fueran guijarros; me las repito. Las guardo.

Oigo las cintas una y otra vez, a menudo por la noche, cuando en el hospital resuena un zumbido raro, casi silencioso, cuando los zuecos de las enfermeras rechinan en el suelo, cuando la oscuridad de fuera se cuela por las rendijas de la persiana, cuando las agujas del reloj que está enfrente de la cama saltan y se paran, saltan y se paran. Lo malo es cuando la cinta se acaba y el aparato se apaga con un ruido mecánico, porque tengo que esperar a que venga alguien a darle la vuelta. En ese momento el silencio es horrible, la súbita quietud me aplasta.

Una de esas noches estoy despierta. La enfermera que me cuida ha dicho que no, que no podemos poner otra cinta, que tengo que dormir, que necesito descansar.

Pasos, la voz aflautada de un niño, un ruido rítmico como si arrastraran un juguete por el linóleo.

El niño dice algo en un tono agudo e interrogante y la enfermera le pide silencio.

—Chsss —le dice—. Hay una niñita muy cerca que se está muriendo.

Escribí una escena como esta en mi tercera novela. La reviví, me la imaginé, la resitué. Es la primera vez (hasta ese momento) que incluyo en lo que escribo algo relacionado con mi encefalitis. En la escena, la niña que estaba en cama era la hermana de la protagonista; el niño al que oí arrastraba un trenecito por el pasillo. La enfermera que me cuidaba, avergonzada y asustada, se levantaba de un brinco a cerrar la puerta. Leía ese pasaje siempre que tenía un acto de presentación del libro, cosa que ahora me resulta extraña. ¿Por qué ese párrafo? ¿Por qué precisamente la escena inspirada en el que seguramente sea el peor momento que se pueda tener en la vida: enterarte, de pequeña, de que te estás muriendo?

Como Nina en la novela, pensé en la niña moribunda, en la edad que tendría, en la edad que había que tener para morir. Me dio lástima y miré a la enfermera, a ver si ella también lo sentía.

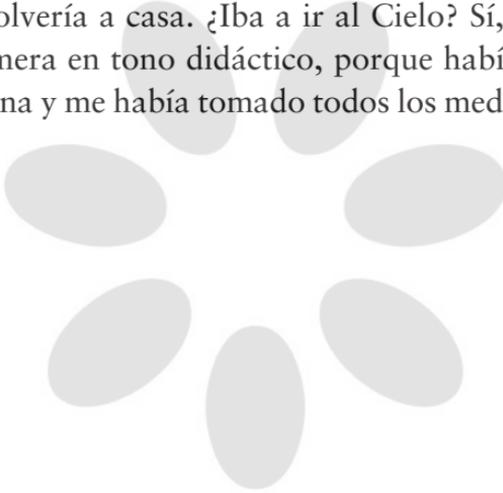
Lo cierto es que no pude ver al niño que hacía ruido en el pasillo, ni a la enfermera que tenía que haberlo pensado mejor y aprender a hablar en voz más baja. No podía volver la cabeza para verlos.

La verdad es que mi enfermera no se levantó de un brinco a cerrar la puerta. Se quedó confusa y se sonrojó, como si la hubieran pillado en una mentira: una ola roja le subió desde el cuello. Parecía contrariada, como si acabaran de decirle que tenía que hacer horas extra. Se acercó a la puerta y la empujó con el talón para que se cerrara, pero no se cerró del todo.

En la novela, la escena termina ahí, cuando Nina se da cuenta de que la niña de la que están hablando, la que

se está muriendo, es ella, pero, claro, la vida es otra cosa. La vida continúa. Nadie grita: «¡CORTEN!». Nadie pone punto final y cierra ahí el capítulo limpiamente.

En la vida real, la puerta se abre otra vez y oigo al niño y a la enfermera que no veo, inician una conversación sobre mi defunción inminente. ¿Cuándo sucederá? Pronto... mañana o pasado, esta semana... Me entero. ¿Por qué me pasaba? Porque estaba muy malita. ¿Por qué no me podían curar los médicos? Porque mi enfermedad era muy grave. Entonces, ¿nunca podría volver a casa? No, nunca volvería a casa. ¿Iba a ir al Cielo? Sí, respondía la enfermera en tono didáctico, porque había sido una niña buena y me había tomado todos los medicamentos.





Libros del Asteroide